

V

Septiembre, 26

— Todo el día rodando por España, que atravesamos á lo largo por su parte Norte. — ¡Todo está triste! El cielo velado por opaca neblina, parece una decoración de luto, que llena el alma de melancolía, como las brumas eternas del septentrión. En un pueblo cuyo nombre no recuerdo, el tren se ha detenido á doscientos metros de la Iglesia, cuyas campanas doblaban á muerto. He visto un entierro; siete hombres con largas capas, cuatro llevando el ataúd en hombros, un sepulturero con la azada á la espalda, y un sacerdote con capa pluvial cantando á intervalos los salmos de los muertos ¡qué triste era aquello! ha salido el fúnebre cortejo de la Iglesia, y se han dirigido en silencio al camposanto, las campanas han callado también, apenas llegaban á mis oídos los acentos interrumpidos del sacerdote; cuando él callaba todo callaba; aquellos hombres que acompañaban

por última vez á un amigo á la morada del silencio eterno, no tenían lágrimas porque las habían secado en sus ojos los soles y los vientos, no tenían gemidos en su pecho porque estaban curtidos al sufrimiento, por la experiencia de los años. Dos rapazuelos llevando un hisopo y una llave, vestidos de sotana roja, subían corriendo á porfía una cuesta áspera que hay antes de llegar al cementerio; eran las únicas notas discordantes en aquel *De profundis* de la naturaleza. Los niños y los viejos: ¡Qué felices! Ellos no lloran nunca las lágrimas amargas; los niños se ríen del infortunio porque no le conocen ni le comprenden, los viejos se inclinan impasibles ante el dolor; se han acostumbrado un día y otro día al veneno del alma, y le soportan á altas dosis sin que sus lágrimas y sus gemidos delaten en ellos el tósigo mortal.

Aún oí el rechinar de la puerta de hierro sobre sus goznes, y el tren silbó cuando el eco repetía el primer golpe seco de la azada del sepulturero. . . . .

Imaginad esta escena de luto en cada aldea, llenad de muertos anónimos los ce-

menterios de las ciudades, respirad bajo un cielo de plomo una atmósfera emponzoñada, y tendréis una idea vaga de lo que era España en aquellos días.

Si fuera posible el nihilismo de la naturaleza, yo creería que todos sus elementos se habían reunido en una conjuración gigante para herirla de muerte. Aun estaban las vegas de sus campiñas meridionales, hermosas como la cuna de la aurora, enteradas bajo el légamo de los ríos que las inundaran con los turbiones de su corriente; y el suelo de la fértil Andalucía, como si fuera el dorso de un mónstruo gigantesco que se agita nervioso en las convulsiones de la muerte; derrumbaba como castillos de naipes sus pueblos y ciudades, y ahogaba entre sus escombros los ayes de agonía de millares de víctimas. ¡Dios justiciero! ¿es que era pequeña la espiación de nuestros crímenes? No bastaba y habéis enviado al terrible cólera como mensajero mortal, ejecutor de vuestras venganzas.

Y España rezaba; del materialismo grosero que carcome á la vieja Europa, había levantado su vuelo á las regiones de la divinidad: ¡Poder incontrastable del dolor en

la mecánica del espíritu! Diezmad un pueblo ateo, si lo hubiera, ahogadle entre las ondas de sus ríos ó en las cenizas de sus volcanes, arruinad sus villas y ciudades en los movimientos convulsivos de un suelo que vacila, y ese pueblo ateo se acercará á Dios y levantará altares con las piedras de sus ruinas, y llorará su crimen y, agrupado en torno de sus aras, murmurará avergonzado una oración.

¡Ah! es que hay algo más terrible que las olas de llanto que arranca á un pueblo una catástrofe: el llorar sin Dios. Un pueblo sin fé sería un pueblo de miserables, sin otra ley de caridad que la ley del más fuerte, ni más esperanza que el suicidio. En vano pretenderán los modernos fabricantes de imperios y mercaderes de coronas, hacer pueblos ateos; una sociedad sin Dios es el círculo cuadrado de los geómetras. La idea de Dios ha nacido en el hombre, con el hombre; la criatura es un efluvio un soplo divino del Creador; por eso el hombre, la más perfecta de las criaturas; conserva siempre en el fondo de su conciencia el aroma purísimo de la divinidad.

Estudad la historia de los pueblos, res-

pirad el polvo que sepulta las antiguas Teogonias de la India, informes como las estatuas de sus idolos y pintorescas como los cantos de sus bayaderas, estudiad en la Biblia el poema grandioso de una raza escogida entre las razas, analizad las religiones politeístas de Roma y Grecia, los fantasmas nebulosos de los dioses del Fingall que Ossian cantaba al són de su lira eternamente humedecida por las nieblas del septentrión, las sangrientas divinidades de los Francos y los Germanos, los genios misteriosos y los Manitús, que se adoran como en grandiosos templos en altares tejidos con las lianas, á la sombra de los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, sorprended como el huevecillo microscópico origen de una flor exuberante y pura, como el primer rayo de un sol que brillará mañana con refulgente luz en el zenit de su carrera, esos ensueños de los poetas y filósofos de la antigüedad; y adivinaréis en ellos las chispas precursoras de la salvadora luz del cristianismo.

Sócrates bebiendo la cicuta con la fe de la inmortalidad, Virgilio cantando incrédulo de su mitología y ateo de sus dioses,

verdaderas profecías del Cristo en arranques misteriosos de inspiración sublime, y Cicerón el más grande de los oradores de su tiempo olvidando á los dioses en su muerte y aclamando á la causa de las causas; ¿no son tal vez el grandioso presentimiento de la religión del Crucificado? Entre Sócrates y Cristo hay la distancia del hombre al hombre-Dios; pero dadle á Sócrates la divinidad y hubiera sido el Redentor del mundo. ¿Qué importa que su muerte sea la cruz del Gólgota ó la cicuta?

¿No habéis observado el enlace misterioso de todas estas religiones? La mitología pagana de Roma no es más que las páginas de la Biblia traducidas para una sociedad liviana sujeta á las leyes de la materia. ¿Quién no adivina en el Prometeo encadenado á la humanidad esclavizada por la culpa, y en el Hércules que rompe sus cadenas al Mesias de las gentes?

¡Misterios insondables del corazón humano! La idea de Dios brota en él como la flor de las semillas, por eso todos los pueblos han creído en Dios, le han soñado de mil maneras, pero estos sueños son los reflejos poderosos sobre la humanidad de una

idea universal ni más ni menos que las ondas del Oceano, que se empujan y se suceden eternamente como se suceden las generaciones; se tiñen de colores diversos formando franjas hermosas como los tonos del Iris al reflejar los colores de la vegetación que hay en el fondo. La historia de los pueblos es la historia de sus religiones, la historia de las religiones es la idea de Dios, nacida en diferentes épocas brotada en diversos imperios, traducida en distintos idiomas para distintas civilizaciones, engendrada ora, como fantasmas de nieve entre las brumas de los polos, ora como torrente de luz y poesía al calor de las ardientes imaginaciones meridionales.

Y en medio de estas religiones alzándose sobre las ruinas del politeísmo, como grandioso triunfo del espíritu sobre la materia, nace de la muerte de la ley antigua como el fénix de sus cenizas, la nueva ley predicada por un Galileo, rodeado de pescadores que muere enclavado en una cruz en la cumbre del Gólgota, implorando el perdón de sus verdugos. ¡Moral sublime de Jesucristo, el divino apóstol de la verdadera democracia, el gran revolucionario de los siglos, el Re-

dentor del mundo! Jamás me cansaré de admirar y de rendir culto en el fondo de mi alma, á la pureza y sencillez de su doctrina; Jesús de Nazaret tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres que sientan, porque su ley y su doctrina es el mismo corazón del hombre, inmaculado como salió de las manos del Creador; el cristianismo es la doctrina de la caridad, la religión sublime del amor. ¡Qué inmensos horizontes ha abierto en las regiones del espíritu! Hombres que sentís, almas que cruzáis serenas el oceano de la vida, penetrad en meditación profunda hasta el fondo de vuestra conciencia y encontraréis en ella como carbón oculto entre cenizas, los preceptos divinos del Salvador, lámpara perpetua que ilumina los senos de vuestra alma con luz que no han de apagar ni las tempestades de la vida, ni los sofismas de los filósofos, ni las predicaciones de los profetas.

¡Dios mío! todo me lleva á vos; ¡qué grande os mostráis en vuestras obras! me habéis dado el sentimiento, ¿por qué no me dais un lenguaje que sea un himno perpetuo á vuestra gloria?

## VI

Septiembre, 26

Tarde de impresiones; recuerdos escritos en el alma con notas de apacible tristeza, ecos melancólicos de las montañas de Galicia, tristes como el silencio que sólo turba el rumor eterno de sus ríos de aguas profundas y turbulentas.

A las dos hemos llegado á León antigua corte y sepulcro de los reyes, patria de Guzmán el bueno, héroe inmortal del sitio de Tarifa. El tren se detiene solo lo suficiente para almorzar en la fonda de la estación; hemos honrado el almuerzo con un apetito extraordinario y en el tiempo que ha sobrado he abierto la maleta de las provisiones y sacando una maquinilla de alcohol, me he entretenido haciendo té en el wagón mismo; luego el tren salió silbando y hemos podido admirar las esbeltas agujas de su catedral: ¡qué bello es el arte gótico! La idea es el alma del arte, el arte es el reflejo vivo de las ideas de un pueblo; cuando éstas se arrastraban por el suelo sujetas á las

leyes de la materia, como el águila abotagada por el festín que no tiene fuerza para alzar el vuelo; entonces se alzaron aquellos templos y monumentos de los Asirios, los Babilonios y los Egipcios, verdaderos colosos de piedra, levantados por la fuerza bruta, llevando impresos en sus bloques de granito el sudor de varias generaciones. Pasaron los siglos y al calor del cristianismo que espiritualiza, nació el arte ojival cuyos templos suben al cielo con sus agujas, sus arcos, y sus filigranas, como sube al cielo el incienso quemado en sus aras y la oración pronunciada en la misteriosa sombra de sus naves.

Doce horas hacía apenas que había contemplado á la luz de la luna las torres de la Catedral de Burgos ligeras y vaporosas como los fantasmas de un sueño. Burgos y León encierran en su seno las dos más preciadas joyas del arte gótico en España.

Atravesamos un país pintoresco, á las llanuras inmensas de Castilla, verdaderos desiertos que solo ofrecen á la vista la eterna monotonía de los rastrojos, suceden las vegas feraces, siempre verdes por la frescura de sus ríos, sombreadas por los sau-

ces en cuyos troncos se apoyan los vallados donde pacen los rebaños de toros que han de arrastrar más tarde las carretas; éstas me han llamado la atención por su aspecto primitivo, no entra en su construcción más que la madera; las ruedas son discos mazzos y gruesos que no llevan más hierro que algunos clavos en sus llantas, el eje es un cilindro también de madera que al girar produce un gruñido especial que hiere los oídos. La sencillez de estos carros contrasta con la pesada mole de los carros de otras provincias cuyos toldos azotados por el viento semejan á las velas, siendo los verdaderos navíos de las montañas.

Pronto llegamos á Astorga (1), al pie de los puertos del Manzanal monte Irago, cruz de Ferro y el Foncebadón, que cierran avaros al otro lado de sus vertientes la pintoresca región del Vierzo. El tren sube rápidamente, y grandes rocas esparcidas á uno y otro lado de la vía, como monolitos des-

(1) Al dar estas noticias y algunas otras, me he guiado por la obra *De Palencia á la Coruña*, del renombrado escritor D. Ricardo Becerro de Bengoa.

Astorga—Astúrica — Augusta — (Ach-t-uri-ga)—que en lengua ibérica significa, «pueblo de las peñas».

prendidos de la montaña, justifican el nombre de la villa. La vegetación es muy pobre; los bojés y los brezos cubren á trozos, como verdosos harapos, un suelo miserable. De vez en cuando se observa en el declive de los montes y junto á la casilla de algún guarda, un pedazo de tierra robado á la inclinación del terreno con un pilotaje de traviesas, y en ese pedazo de tierra verduguean á impulso del viento media docena de berzas y algunas cañas por donde trepan las judías, como mezuquina limosna que ofrece al desgraciado aquella naturaleza monótona y salvaje. Aquellos montes parecen el refugio eterno del frío y de la tristeza; el cielo está sombrío, como si reflejara el color parduzco del suelo pizarroso; poco después el tren atraviesa el arroyo de Brañuelas, que va á engrosar con sus aguas torrentosas al caudaloso Duero, y se detiene luego en la estación del mismo nombre. A la derecha se divisa el pueblecito que destaca los techos de paja de sus miserables chozas sobre el fondo grisáceo de las rocas. Algunos huertos llenos de colmenas, helechos, musgo, yedra y las flores purpúreas de los

brezales; este es el pueblo de Brañuelas, situado en la cumbre del puerto como una mansión de solitarios que barren las lluvias y los vientos.

El tren empieza el descenso desde la cumbre hasta el fondo del valle; es un continuo rodar bajo los túneles con pequeños intervalos de luz; bajamos la pendiente con una velocidad pasmosa; gigantes trincheras abiertas sobre la roca viva, muros altísimos y fuertes terraplenes, ¡parece una obra de gigantes! ¡Cuán grande es el poder del hombre si siente brotar en su inteligencia el resplandor del genio! Asusta el alma el contemplar desde las alturas donde se siente el vértigo; la vía por donde se ha de pasar en breve, tendida allá bajo á 160 metros de profundidad entre los prados de la cañada, como dos pequeños surcos abiertos en la tierra por el arado del labrador, y dos minutos más tarde el hombre se contempla en toda la pequeñez de su nada, al ver allá, muy alto, abierta entre las rocas, como una senda de cabras, la vía por donde pasaba hace un momento. Ya en el llano, el tren disminuye su marcha como si descansara en su carrera res-

pirando el ambiente puro de aquel valle, en cuyo fondo se desliza el Trémor fertilizando sus praderas.

Pocos momentos después estábamos en la escondida región del Vierzo, guardada de todos los vientos, al Norte por las montañas que acabamos de atravesar, y al Sur por los montes Aquilianos, que se alzan majestuosos como inmensas mamparas de granito.

Hemos atravesado el Boeza, de aguas limpias y transparentes, que retratan en sus bordes los sauces que ciñen los costados; á uno y otro lado del camino se ven numerosos pueblecitos que siguen las ondulaciones de su corriente, retratando también en sus aguas las espadañas de sus torres; aquellos grupos de casitas blancas parecen bandos de palomas torcaces que han bajado de la montaña para refrescar su pico en la corriente. Nada más pintoresco que este valle por donde corre el Boeza, que parece formado por el rocío de sus prados. Las ondulaciones de sus colinas parecen las olas de un oceano siempre verde, y las aldeas y caseríos buscan la sombra y el abrigo de los castaños. Después de pasar

por Bembibre, la capital del Valle, hemos llegado á Ponferrada: apenas se distingue la ciudad y un viejo castillo almenado que defienden algunas murallas medio derruídas, por donde trepa la yedra, que parece sostener las piedras entre la red verdosa de sus tallos; según dicen, ese castillo ha pertenecido á los Caballeros Templarios; es posible que el pueblo conserve de él alguna tradición legendaria, pero la rapidez de la marcha me impide el enterarme.

Toral de los Vados, con sus casas de grandes balcones de madera y techos de pizarra, como las casas de la Saboya; el Burbia, que va á tributar sus aguas al río Sil, deja como un último adiós en el fondo de la cañada, todos los tesoros de una vegetación exuberante. Después el horizonte va haciéndose más pequeño; las montañas rocosas de los lados estrechan el valle, como ávidas de unirse en sus vertientes, y el tren avanza rugiendo entre trincheras formidables abiertas sobre las moles de pizarra. Los túneles se suceden sin interrupción, y las mismas trincheras que parecen reflejar en el cielo el color pardusco de sus aristas, no son más que túneles sin

bóveda. ¡Qué tristeza imprime en el alma aquella naturaleza sin luz! El eco repite el rodar vertiginoso de los wagones, multiplicando los sonidos en cada ángulo de las rocas, y aquellos sonidos que ensordecen semejan ecos de maldición de alguna orgía de demonios. Entramos en un túnel, breve intervalo de luz, otro túnel después, y á la salida el tren avanza sobre el abismo; yo me he estremecido al contemplar bajo mis pies, á una profundidad que espanta, las aguas verdosas y profundas del Sil (el río del Silencio). Nada de corriente, un remanso que aumenta los horrores del abismo, hacen del río un lago entre montañas; su curso forma una S, y nadie acertaría á conocer el paso de sus aguas; ni orillas ni vegetación, está perfectamente canalizado; de ambos lados se elevan dos grandes montañas de calizas, oscuras, erizadas de agujas y crestones cortadas á pico, y reflejándose en el espejo de las aguas, y algunas manchas de un color grisáceo, delatan una vegetación extraña en los salientes de las rocas. El Sil separa aquí las provincias de León y Orense, que tienen por lazo de unión un puente de hierro gi-



gantesco apoyado en las bocas de dos túneles (1). ¡Es una obra atrevida y portentosa! La tierra parece que había reunido aquí toda la horrible desnudez de sus elementos para impedir el paso de los hombres: rocas impenetrables, vegetación salvaje, abismos donde aletea el vértigo, y allá en el fondo, aguas negras y silenciosas como la perfidia: era un guante arrojado, un desafío de la naturaleza al hombre. Pero el hombre introduce la dinamita, y á una señal de su mano sobre el botón de un aparato eléctrico, salta una montaña en mil pedazos y perfora las rocas, abriéndose paso en las entrañas de la tierra, y ya en el borde del abismo; lanza atrevido el entramado de un puente que parece flotar en el espacio. Hoy el hombre avanza arrastrado por el vapor entre escombros de montañas, y cruza este magnífico puente, alzado como un arco de triunfo, al génio vencedor en esta lucha titánica de la naturaleza. Jamás se borrará de mi memoria la impresión que me causó este espectáculo

---

(1) Puente de Cobas, en el estrecho del mismo nombre.

grandioso: terror, asombro y vértigo que atrae. ¡Qué pequeño me contemplaba yo ante las grandezas del génio y la sublimidad salvaje de la naturaleza! Aquellas rocas elevadas y aquellas aguas tranquilas y verdosas hablaban al alma un lenguaje de meditación profunda que mi Padre y yo escuchábamos embebecidos desde las ventanillas del wagón; yo recuerdo que cuando el tren avanzaba majestuoso por el salón central del puente, espantadas por el vibrar metálico de las celosías, alzaron el vuelo dos águilas que se cernieron sobre el abismo.

## VII

*Sobradelo.*— El pueblo parece una peña arrastrada por la corriente en medio de un torrente de verdura; el riachuelo Casayo baja despeñando sus ondas bulliciosas desde los montes de su nombre, viniendo á formar una pintoresca cascada de tres caídas, que extiende un velo transparente sobre las hiedras y helechos de las rocas;

el agua en su salto mueve incesantemente la rueda de una herrería situada á la derecha del pueblo, que se halla medio oculto entre higueras y castaños; algunas vides esparcidas, encaraman sus sarmientos hasta las copas de los cerezos, y este conjunto de vegetación forma un marco delicioso de verdura en este cuadro pintoresco de la naturaleza.

Eran las cinco de la tarde y el sol iba ya á trasponer los picachos de los montes; la luz vaga del crepúsculo hacía más oscuro el verde de los castaños, más negros los tejados de pizarra de las casas, y más tristes el ruido monótono de la rueda de la herrería y el rumor del agua que se precipita en la cascada. Apenas el tren detuvo su marcha en la estación de Sobradelo, cuando un grupo de mujeres al otro lado de la vía se aproximó á los estribos de los wagones; iban descalzas, y una saya de estameña del color de la corteza de los árboles cubría su cuerpo hasta debajo de la rodilla; una almilla de blanco lino ocultaba el pecho entre sus pliegues, velando apenas sus graciosas curvas, cuyo arranque se dibuja en el escote cuadrado que hace un pedestal en

cada busto, formando un conjunto caprichoso y sencillo que solo adornan los zarcillos y los collares. Algunas llevaban en la cabeza un pañuelo de colores chillones, cuyas puntas caían sueltas en los hombros, mezcladas con las trenzas de sus cabellos, más negros que las pizarras de sus barrancos; otras llevaban en vez de pañuelo un estadal donde descansa una cesta colmada de higos y racimos de uvas, que se apresuran á ofrecer al viajero por una pequeña cantidad, que constituye su jornal y su riqueza. ¡Qué poco basta para la felicidad! Un puñado de céntimos á cambio de las frutas de sus cestas, que han recogido trepando penosamente á las higueras bravas de los barrancos, y aquellas mujeres son dichosas y vuelven al pueblo con las cestas vacías, formando una cadena con sus brazos retozando alegremente, y allá en el fondo de sus chozas, cuentan y recuentan el capital de sus economías, hacen mil cálculos y castillos en el aire, y por fin esconden cuidadosamente en el fondo de un arca vieja, aquella bolsa de dinero que ha de servir tal vez á la mujer para comprarle los pañales al fruto de amor que ha de

enviarle el cielo, á la madre; para *comprar de soldado* á su hijo que aun es un mocosillo de cinco años, á la doncella para estrenar una saya el día de la fiesta de la aldea.

—Higos frescos de Sobradelo: señor, cómpreme usted estos higos.—Uvas señorito, para refrescar la boca.—La gente se apiñaba en las ventanillas para comprar la fruta, aprovechando aquellos momentos de parada; un instante después casi todas aquellas mujeres habían vendido sus mercancías, yo miraba desde el wagón el comprar y vender de aquel mercado; aquella escena de algazara era para mi imaginación un oasis en medio de la sublime melancolía de aquel país salvaje.

De pronto un soldado asomó á la ventanilla de uno de los wagones de tercera, y gritó con voz aguardentosa.—¿Hay más uvas?

—Cruziña,—dijo á su vez una mujer, dirigiéndose á una joven que me ocultaba un árbol:—coje tu cesta y vende.

¡Que hermosa era Cruziña! su saya, que bajaba en pliegues hasta sus rodillas era negra á diferencia de las otras, y sobre ella resaltaba su corpiño blanco como resalta la nieve en el invierno sobre las crestas piza-

rosas; sobre su cabeza flotaba suelto un pañuelo negro como las sombras de la noche, que ocultaba unos cabellos rubios como rayos del sol, y sus ojos grandes y profundos, eran de un hermoso azul de cielo, como si reflejaran sus pupilas toda la pureza de un alma de ángel; un collar de grandes cuentas de azabache con una cruz en su extremo rodeaba su cuello, formando sobre su pecho ondas cada vez mayores, como las que forma una piedra arrojada sobre un lago tranquilo; era la única joya que adornaba aquel cuerpo de niña.

Al oír la voz de su compañera, Cruziña cogió la cesta que tenía á sus pies, y adelantándose hacia el estribo de los wagones, alargó confiada la cesta á aquel soldado que pedía uvas, hundió su cabecita rubia sobre el pecho, y juntando sus manos permaneció silenciosa y pensativa, como la estatua de la meditación. Yo sentí al ver aquella niña... no se lo que sentí, pero tenía por lo menos una viva curiosidad y hubiera dado mi sangre por leer en el libro de su alma; Cruziña era para mí un enigma planteado en medio de mi camino. ¿Cuanto no hubiera yo dado por descifrarle? Era

una nota de poesía triste como las baladas de sus montañas y yo no podía oír ni comprender aquella armonía dulcísima que tenía para mí el encanto de lo desconocido.

Cuando el soldado hubo devorado la mercancía, asomó el cuerpo á la ventanilla y dirigiéndose á su joven vendedora la dijo en andaluz impregnado de aguardiente.

—¿Qué te debo Marusa?—¡Vamo! ¿que cuánto quiere?

La pobre niña no se atrevía á levantar sus ojos del suelo por miedo á encontrarse con aquellos rostros de beodos que celebraban con grandes risotadas las gracias de su compañero.

Pué vaya chiquita que ya te contentará tú con un poquiyo meno; y si no, te doy las grasía y á viví; por algo he de ser autoriá, muje,—y le enseñaba los botones dorados de su capote, mientras sus compañeros repetían á coro;—pus vaya que tiene grasía esa marusa.

Había llegado el momento de pagar, y aquel soldado con cara de tunante, estaba fraguando en su mollera una mala partida que justificara su mala catadura; y consiguió su objeto, silbó el tren y arrojando á

los pies de la niña la cesta vacía;—adiós, marusa,—le dijo,—anda y cuéntale á tu abuela que hás obsequiao con merienda á la autoriá.

Mientras las otras mujeres protestaban con mil insultos contra este hecho bárbaro que iba á quedar impune, Cruziña recogía sin quejarse, la cesta que tenía á sus pies, pero al levantarse dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos y alzó su cabeza para mirar al cielo como si quisiera disimular su llanto y aquellas lágrimas resbalaron por sus mejillas como las gotas de rocío sobre los botones de las rosas.

Fué cuestión de un momento; una idea brotó de súbito en mi mente y al pasar por delante de ella nuestro wagón que estaba de los últimos;—toma Cruziña el precio de tu cesta,—le dije, y arrojé á sus pies desde la ventanilla una moneda de plata que tendría seis veces el valor de las uvas. La niña me quedó mirando y dibujó en sus labios una sonrisa celestial de agradecimiento mezclada con sus lágrimas; estaba transfigurada, el dolor le había dado las proporciones de un ángel, pero aquel ángel ya no miraba al cielo, me miraba á mí,

un sér que se interesaba por ella. ¡Pobrecita, estaba tal vez tan poco acostumbrada á sentir el cariño de otros seres! vestía de luto, tal vez era una pobre huérfana sola en el mundo; sin madre y sin hogar, ¿quién sabe si necesitaba el dinero de sus frutas, para adornar la fosa de sus padres? ¡Qué hermosa estaba! Aquella mirada de agradecimiento que dirigía al protector anónimo encerraba un mundo de poesía, todo un poema de dolor.

Yo se lo agradecí también y no sé si algo más, pero el recuerdo de Cruciña está vivo en mi alma, como si estuviera en ella impreso con caracteres de fuego, y cuando en las penas de la vida las lágrimas asoman á mis ojos, su imagen se presenta á mi vista celestialmente hermosa con la hermosura sublime del dolor, la misma sonrisa de agradecimiento y las mismas lágrimas brotando de sus pupilas, que copian el azul del cielo y entonces al pensar en ella, el llanto de mis ojos cae sobre mi alma, como el rocío bienhechor sobre una tierra árida y estéril. Pero ¡ay! que ya no volveré á encontrarla en mi camino.

¡Que hermosa era Cruciña!

## VIII

Dije antes, que el soldado que hizo aquella burla salvaje iba á quedar impune, yo al menos así lo creía. Y vive el cielo que hubiera dado cualquier cosa por poder pasar á su wagón á imponerle el castigo merecido; él también debía confiar en la más completa impunidad y permanecía con todo el cuerpo fuera de la ventanilla riendo á mandíbula batiente, mientras sus compañeros celebraban su gracia con tragos y risotadas. Él y yo nos engañábamos en nuestro cálculo, no habíamos contado con la Providencia y sucedió, veréis que caso tan extraño, sucedió que la providencia ó la casualidad, como queráis llamarla, envió una pequeña ráfaga de viento y el viento dió en la gorrilla del soldado y la gorrilla se vino al suelo, cuando el tren, que caminaba en rampa, no había aún tomado velocidad. Sin duda confiaba en esto el muchacho y olfateando el castigo por la pérdida, abrió la portezuela y sin encomendarse á

Dios ni al diablo, dió un salto en sentido contrario al de la marcha y se plantó en el suelo, poniendo en tierra las narices antes que los piés; levantóse como pudo derrengado y maltrecho y echó á correr tras su gorrilla que el viento se empeñaba en apartar del tren, dióla alcance y entonces trató como pudo de ganar el estribo del último wagón; todo fué en vano, el tren empezaba á ganar velocidad y el muchacho que corría con toda la fuerza de sus pulmones, iba perdiendo terreno mientras sus compañeros le animaban desde la ventanilla; un revisor le hizo seña desde el estribo que se detuviera, que era inútil seguir, y él que estaba lejos, comprendió mal y creyó que el tren iba á detener su marcha para recogerle, pero el tren seguía su camino y aún corría el muchacho allá muy lejos, cuando le vimos caer en medio de la vía rendido de fatiga.

Yo no sé si aquel soldado vería en su caída el dedo de la Providencia, pero de todas maneras creo que no habrá olvidado la lección.

. . . . .  
. . . . .

Se había hecho de noche; apenas se dibujaban recortándose en la oscuridad del cielo, las siluetas de los picachos cuya base socavan eternamente las aguas del Sil, el río del oro y del silencio; el monótono rumor de sus aguas torrentosas, arrulla al viajero durante más de 100 kilómetros; túneles y trincheras, grandes puentes, un viaducto en curva, de aspecto imponente, hacen de esta parte del camino la región de las grandes obras; el tren avanza siempre por las laderas de las grandes vertientes en cuyo fondo se desliza el río.

Lástima que no podamos admirar á la luz del sol estas maravillas del arte y de la naturaleza.

Sumamente fatigado por la marcha y las impresiones del día siento que mis párpados se caen sobre mis pupilas con la pesadez del sueño. Adiós, hasta mañana.